

COSTA RICA Y LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

LA VOZ DE LOS INTELECTUALES

CARLOS GONZÁLEZ RUIZ
Introducción, estudio y edición



PUNTO DE VISTA EDITORES

Colección Hispanoamérica y la guerra civil española. La voz de los intelectuales
(Segunda época), volumen 13

Director: Niall Binns

© De la introducción, el estudio y la edición, Carlos González Ruiz, 2022

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, S. L. U., 2022

Todos los derechos reservados.

Se ha tratado de localizar a los diferentes autores o, en su caso, a sus respectivos herederos. No siempre ha sido posible. Para cualquier comunicación sobre este asunto, por favor, póngase en contacto con Punto de Vista Editores.

Primera edición: diciembre, 2022

Publicado por Punto de Vista Editores

C/ Mesón de Paredes, 73

28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com

puntodevistaeditores.com

@puntodevistaed

La investigación y la publicación de este libro son el fruto directo del proyecto I+D+i, “El impacto de la Guerra Civil Española en la vida intelectual de Hispanoamérica”, financiado a partir de 2019 por FEDER/Ministerio de Ciencia e Innovación – Agencia Estatal de Investigación (ref.: PGC2018-098590-B-I00).

El Departamento de Literaturas Hispánicas y Bibliografía de la Universidad Complutense de Madrid (Facultad de Filología) ha contribuido a la publicación de este libro con una ayuda a la edición.



U N I V E R S I D A D
COMPLUTENSE
M A D R I D

Diseño de cubierta: Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

ISBN: 978-84-18322-88-4

Thema: NHD, 3MPBGJ-ES-B, 1KLCR

Depósito legal: M-28231-2022

Impreso en España — *Printed in Spain*

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com

Sumario

SOBRE LA COLECCIÓN HISPANOAMÉRICA Y LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA	15
LA BATALLA DE COSTA RICA. LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA COMO ESPEJO	17
León Cortés y el ocaso de la «Suiza Centroamericana»	23
La hora del pueblo. De la Generación del Olimpo a la Gran Huelga Bananera	25
La Iglesia católica, política y mediática	30
Mujeres proletarias. El movimiento de emancipación de la mujer	34
Fractura en la colonia española	40
Políticas del Gobierno costarricense ante la guerra de España	49
España como obsesión. La polarización de las letras.	54
En defensa de la «Madre Patria». Costa Rica ante las «dos Españas»	62
La solidaridad es la ternura de los pueblos	67
Testigos, corresponsales y voluntarios	74
El eco de los bombardeos. El final de la guerra	79
Agradecimientos	87
Obras citadas	89
DOCUMENTOS	
MARIANO ÁLVAREZ MELGAR	97
«Carta abierta»	99
MARIANO ÁLVAREZ MELGAR IRAETA	100
«A los españoles nacionalistas»	102
LUIS ANDERSON MORÚA	105
«Tan pronto como el Gobierno de Burgos controle la mayor parte de España, los Gobiernos tendrán que ir otorgándole su reconocimiento»	105
ADRIANO ARIÉ VASELLI	110
«La revolución española vista por don Adriano Arié»	111
ALFREDO ARRIAGA Y TRETO	113
«La contrarrevolución. Los defensores de lo inmoral en el derecho y en la lógica»	114

¡ARRIBA ESPAÑA!	118
«A la memoria de José Antonio»	119
ÓSCAR BARAHONA	121
de «Proyección que en el mundo tiene el conflicto español»	122
CLAUDIO BOLAÑOS	128
«El oro de Rusia»	129
CRISTÓBAL BONILLA ARROYO	131
de <i>Por los fueros de la justicia</i>	131
ABELARDO BONILLA BALDARES	135
«Madrid»	137
CARLOS BORGE («PÍO LATINO»)	138
«No confundamos las cosas»	140
ADOLFO BRAÑA	142
«Adolfo Braña herido en Santander»	146
FRESIA BRENES HILAROVA	148
«Plegaria de mujer»	149
EDGAR BRENES ROVER	151
«Proyecciones que en el mundo antifascista tiene el conflicto español»	152
RAFAEL ÁNGEL CALDERÓN GUARDIA	156
«Espero en la Providencia»	157
GUILLERMO CALVO NAVARRO	159
«Reportajes humildes. Indalecia López, vieja española izquierdista, habla sobre la guerra civil de su patria»	160
RODRIGO DEL CAMPO	163
«Cómo ve Rodrigo del Campo la guerra de los españoles en Costa Rica»	163
RAFAEL CARDONA JIMÉNEZ	165
«Inglaterra en el conflicto»	166
SARA CASAL DE QUIRÓS	169
«La experiencia debiera servirnos de algo»	170
VENTURA CORDERO	175
«Teodoro Reyes que estaba allí...»	176

LEÓN CORTÉS CASTRO	181
«Las palabras del Sumo Pontífice son las que deben todos seguir si es que quieren a España: amarse y orar»	182
<i>DIARIO DE COSTA RICA</i>	185
«Promovido anoche un gran escándalo para impedir el recital de González Marín»	185
FABIÁN DOBLES	192
«Romance de la defensa de Madrid»	194
LUIS DOBLES SEGREDA	196
«Garantía en los envíos a la España Republicana»	196
<i>ECO CATÓLICO</i>	198
«Un llamado a la defensa de la hispanidad»	199
<i>EL HERALDO</i>	201
«El calvario de la heroica nación española»	202
<i>EL MENSAJERO DEL CLERO</i>	204
«La colecta por España»	205
<i>EL NACIONALISTA</i>	206
«Una de las causas de la guerra civil en España»	206
ARGENTINA FIGUEROA	209
«Soy católica y buena católica»	210
ROSA GARCÍA ARGUEDAS	213
«Carta de la c. Rosa García»	217
JOAQUÍN GARCÍA MONGE	219
«Una protesta y una fe»	221
LUISA GONZÁLEZ GUTIÉRREZ	222
«Cien pares de zapatos para los milicianos, las mujeres y los niños de la España republicana»	224
GRUPO PRO-REPÚBLICA ESPAÑOLA	225
«Ni las palabras de un Franco...»	226
RAFAEL MARÍA GUILLÉN QUIRÓS	228
«Variaciones sentimentales de la opinión pública»	230

JOAQUÍN GUTIÉRREZ MANGEL	232
«Agua del arroyo, agua»	234
«Responso a Federico García Lorca»	235
ANASTASIO HERRERO VITORIA	237
«La colonia española»	238
«IVANHOE»	241
«¡Paso a los héroes!»	242
OCTAVIO JIMÉNEZ ALPÍZAR («JUAN DEL CAMINO»)	245
«Pensamos en García Lorca y en Alberti»	247
ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS	252
«La neutralidad no es posible frente al conflicto español»	254
RAMÓN JUNOY	257
de <i>El clero español ante la guerra civil. Responsabilidades, defensa</i>	259
LA ÉPOCA	269
«Canto a la bandera de España»	271
LA HORA	274
«La Hora de hoy»	275
LA PRENSA LIBRE	278
«Machacando»	279
LA SEMANA CÓMICA	283
«Cables recibidos de España en estos días»	285
LA TRIBUNA	287
«El campo de experimentación»	289
LEALTAD	291
«Cómo era Durruti»	293
LIBERACIÓN	294
«Nuevas notas explicativas»	298
RAFAEL ÁNGEL LLUBERE ZÚÑIGA	300
«Un domingo en la España republicana»	302
«En el Congreso de Brigadas Internacionales de España estuvo representada Costa Rica»	303

VÍCTOR LORZ LIZARRAGA	306
de <i>El mandato del tiempo. Renovarse o morir</i>	308
MAXIMILIAN VON LOEWENTHAL	316
«Falange Española. Sección Colón»	318
FERNANDO LUJÁN	320
«Federico García Lorca»	321
«Romance»	322
CARMEN LYRA	323
«Todavía los grandes inventos del genio humano están en poder de los millonarios que los usan para difundir las mentiras en que se asientan sus privilegios»	326
«La sangre de los conquistadores españoles ha vuelto a la madre patria de forma heroica»	330
ENRIQUE MACAYA LAHMANN	332
«La República española»	333
FRANCISCO MARÍN CAÑAS	335
«España, la Abisinia blanca»	336
JOSÉ MARÍN CAÑAS	341
de <i>Pueblo macho. Ensayo sobre la realidad española</i>	342
ADOLFO MAROTO ARRIBAS	346
«Primero, acabar con los traidores»	347
FRANCISCO MAYORGA RIVAS	349
«Guerra a la guerra»	350
MANUEL MORA VALVERDE	353
«La lucha planteada en España no es entre socialismo y fachismo, sino entre fachismo y Democracia»	355
CIRIACO MORENO	361
«Habla un refugiado. Ciriaco Moreno logra salir de Barcelona y llega a Costa Rica»	361
JUAN NAVARRETE	366
«El caballero de la triste figura»	368
BENJAMÍN ODIO	370
«La consulta de Uruguay acerca de la beligerancia de Franco y la actitud de Latinoamérica ante el conflicto español»	370

EUNICE ODIO	372
«Nube y cielo mayor»	373
LEÓN PACHECO SOLANO	378
«El sepulcro del quijotismo»	379
FERNANDO PALAU	383
«Sobre la interpelación de los señores exsecretarios de la Liga Antifascista de Costa Rica»	383
MARTÍN PEÑA	387
«La tragedia española sentida y expresada por un poeta y campesino tico»	388
CLAUDIO PERALTA CARAZO	392
«Carta a Hernán G. Peralta»	393
RODRIGO PERERA NARANJO	397
«A los españoles de Costa Rica. La verdad pura y limpia»	398
ANICETO PLAYA	401
«Paz»	401
JOSÉ POZUELO APÉSTEGUI	403
«La revolución y el manifiesto de los intelectuales»	404
EMILIA PRIETO TUGORES	406
«El recitador González Marín»	409
«Pedagogía fachista»	412
«Ex-hombre»	412
«Ma la penísola spagnola non é una bota»	413
«No pasarán»	413
JORGE QUESADA «QUESADITA»	414
«El gran Quesadita»	414
DAGOBERTO QUIRÓS AMADOR	416
«España»	416
REPERTORIO AMERICANO	419
«Primero republicanos»	422
REVISTA COSTARRICENSE	425
«La conmovedora guerra de España»	426

PACO RODRÍGUEZ RUIZ	430
«45 días de revolución vividos en Madrid»	431
JORGE ROJAS SUÁREZ	434
«En un aniversario. La España de ayer, de hoy y de mañana»	435
ESTEBAN ROLDÁN OLIARTE	438
«Vamos hacia la restauración del Imperio»	440
ÍVER ROMERO ROJAS	442
«El estudiantado con la clase revolucionaria»	443
CARLOS LUIS SÁENZ	445
«Pasionaria»	448
«Al c. Llubere a su regreso de las trincheras del Ebro»	450
VICENTE SÁENZ	454
<i>de España en sus gloriosas jornadas de julio y agosto de 1936</i>	458
MARIO SANCHO	464
<i>de El pueblo español</i>	465
RICARDO SEGURA MÉNDEZ	471
«Responso a César Vallejo»	472
ÁLVARO TERÁN SECO	475
«El comunismo, la familia y España»	475
EMMANUEL THOMPSON	478
<i>de El conflicto de España ante el mundo cristiano</i>	480
DAVID ANTONIO TRABADO GALARZA	487
«Antonio Trabado, el único costarricense que pelea en España»	488
TRABAJO	490
«\$248 se recogieron en las dos banderas de la España republicana que llevaron un grupo de mujeres trabajadoras durante el Desfile»	494
ANTONIO URBANO MOYA	496
«La política del Buen Vecino ante la tragedia de España»	497
ROSENDO DE JESÚS VALENCIANO RIVERA	500
«Es de justicia social que los niños de España no sufran el dolor de la desolación»	502

LORENZO VIVES	505
«En España, dos almas»	507
ALFONSO ZELEDÓN VENEGAS	510
«Madrid, la invicta»	510
<i>MANIFIESTOS</i>	514
«Manifiesto de intelectuales, profesionales y obreros de Costa Rica con respecto a la Revolución Española»	514
«La juventud de Costa Rica se dirige a la de España»	517
«La inmensa mayoría de la Colonia Española en un gesto patriótico se adhiere al glorioso general Franco»	519

Sobre la colección

Hispanoamérica y la guerra civil española

Miguel de Unamuno, en su fatídico discurso del 12 de octubre de 1936, afirmó que «la nuestra es solo una guerra incivil», y la verdad es que la guerra que desgarró España entre julio de 1936 y abril de 1939 no era ni civil ni española. Cada país de Occidente reaccionó al conflicto con una intensidad hoy difícil de imaginar. En la lejana retaguardia de Hispanoamérica, sobre todo, la lucha se vivió y se sufrió como si fuese en carne propia. Cinco años de republicanismo habían convertido la antigua madre patria en un espejo donde podían verse reflejados muchos de los temores y aspiraciones de las repúblicas hispanoamericanas. En ese espejo, trizado por la guerra a partir de julio de 1936, miraban y se miraban, espantados y esperanzados, políticos, intelectuales y amplios sectores de la población, movilizados como nunca en un contexto de extrema agitación. Cada país se escindió en disputas airadas, apasionadas, en torno a la guerra y a las nociones de la sociedad y del ser hispano defendidas y encarnadas por los distintos bandos: republicanos, socialistas, comunistas y anarquistas, por un lado; conservadores, católicos y fascistas, por el otro. Nunca, en Hispanoamérica, se ha escrito tanto sobre España —poemas, narraciones, obras dramáticas, testimonios, crónicas, ensayos, artículos periodísticos, encuestas y manifiestos— como en la época de 1936 a 1939. La guerra (in)civil ahondó las nuevas relaciones con la América hispana —más fraternales que paternalistas— promovidas por la República desde 1931, y cristalizó de manera dramática la polarización ideológica que cada país experimentaba en el contexto del hundimiento económico de la Gran Depresión.

La colección «Hispanoamérica y la guerra civil española» tiene dos líneas. La primera consiste en una serie de estudios y una recopilación de documentos sobre el impacto de la guerra civil en los intelectuales de los distintos países de Hispanoamérica; la segunda se dedica a estudios monográficos sobre aspectos diversos de la repercusión de la guerra en intelectuales hispanoamericanos. En la primera de estas líneas, se ofrece una especie de radiografía del campo intelectual del país en cuestión entre los años 1936 y 1939, en el cual las luchas propiamente «intelectuales»

convivían con las vicisitudes de la política interna y con las tensiones internacionales. Los textos recopilados pertenecen a distintos géneros literarios, aunque destacan notoriamente la poesía y las diversas formas de prosa no ficcional. Conviene señalar que en el contexto altamente politizado de los años treinta, el término «intelectual» resulta necesariamente elástico: los creadores y los políticos se codeaban constantemente en la prensa escrita. Para nuestra Colección, intelectual es toda persona que participó con la palabra escrita en el debate de ideas sobre la guerra civil. Un ciudadano atrapado en España a comienzos de la guerra, que vuelve a su país natal y cuenta su testimonio, posee una voz de prestigio en el contexto del conflicto y para un público lector hambriento de noticias frescas, se convierte, brevemente, en intelectual. Por otra parte, al clasificar a los intelectuales por países, nos hemos encontrado evidentemente con figuras «problemáticas». El poeta hondureño Roberto Sosa hablaba de «escritores en litigio», escritores «reclamados» como suyos por países diferentes. Lo cierto es que resulta a veces difícil determinar en qué momento (por ejemplo) un intelectual de origen español pero residente en Hispanoamérica deja de ser español. Nuestra postura ante el problema es de flexibilidad. Por último, conviene señalar que incluimos en la sección de Documentos editoriales tomados de periódicos y revistas, en vista de su protagonismo incontestable en el debate de ideas sobre la guerra.

Se ofrece una presentación individual de cada uno de los intelectuales y medios de comunicación recopilados. En cuanto a la edición de los textos, hemos actualizado la ortografía y hemos intentado unificar criterios y corregir los errores y erratas más flagrantes. Hemos prescindido de una cronología de la guerra civil y de un glosario final, convencidos de que los lectores de hoy gozan de un acceso muy fácil a esa información.

Esta colección, y los años de investigación que hay detrás de ella, han sido posibles gracias al proyecto de investigación «El impacto de la guerra civil española en la vida intelectual de Hispanoamérica», que ha sido financiado sucesivamente por el Ministerio de Educación y Ciencia (2007-2011, ref.: HUM2007-64910), el Ministerio de Ciencia e Innovación (2012-2015, ref.: FFI2011-28618), el Ministerio de Economía y Competitividad de España (2016-2018, ref.: FFI2015-65917-P) y desde 2019 por FEDER/Ministerio de Ciencia e Innovación – Agencia Estatal de Investigación (ref.: PGC2018-098590-B-I00).

LA BATALLA DE COSTA RICA. LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA COMO ESPEJO

7 de noviembre de 1937. El Teatro Raventós, decano de la vida cultural en San José, estaba a rebosar. El edificio, construido en 1928 por el exitoso empresario catalán José Raventós, vestía de gala ante la visita de José González Marín, conocido recitador español de gira por Hispanoamérica en plena guerra civil. No era la primera vez que el andaluz se dejaba ver en Costa Rica. Su primer recital había tenido lugar hacía solo un mes, ante la expectación de un panorama mediático e intelectual hambriento de cultura, y más aún si venía de la España en guerra. El diario progresista *La Prensa Libre* lo definía como «el genial intérprete de los poetas españoles y americanos», mientras que el derechista *La Tribuna* lo apodaba «mago de la palabra castellana» («El genial declamador español González Marín visitará Costa Rica dentro de pocos días, 20 septiembre 1937; «El gran creador español González Marín viene para Costa Rica», 22 septiembre 1937). El programa *Hora Literaria* de la radioemisora Athenea, de gran popularidad entre los sectores prorrepúblicanos, ofreció el 23 de septiembre un programa especial en su honor y lo invitó a pasarse por sus oficinas, propuesta que también le extendió la dirección de *La Prensa Libre*, quienes celebraron su visita y destacaron la presencia de Federico García Lorca en su repertorio. González Marín, como recoge el diario, les habló de su amistad con el granadino, «el poeta más formidable de la España moderna», y se dolía de la muerte del de Fuente Vaqueros, «a quien la barbarie trochó en plena florescencia de su vida» («Nos visita González Marín», 28 septiembre 1937).

El programa de ese primer recital estaba dividido en tres actos, Castilla-Andalucía-Castilla, e incluía poemas de cinco escritores involucrados, por distintas razones, en la guerra: Manuel Machado, el hermano derechista de Antonio; Federico García Lorca, asesinado por los sublevados; Rafael Alberti, el poeta comunista; Jacinto Benavente, dramaturgo ensalzado por el Frente Popular que había visitado Costa Rica en 1922; y José María Pemán, el poeta falangista por excelencia. A pesar de la publicidad del evento en la prensa, la afluencia de público fue mucho menor de la esperada («González Marín», *La Prensa Libre*, 4 octubre 1937). Este

revés no desmotivó al periodista y exsacerdote católico madrileño Juan Navarrete, que quedó emocionado por el recital del andaluz: «Mientras haya un español como tú, que lleve a todas partes el espíritu de la raza, creeré en la inmortalidad de España» («Al ruiseñor español del verso», *La Tribuna*, 6 octubre 1937). Curiosamente, José Marín Cañas, escritor y director del periódico izquierdista *La Hora* y activista prorrepblicano, le dedicó un sentido artículo alabando cómo el «juglar de la gitanería» había salvado la imagen de la Virgen de los Remedios de su pueblo, Cártama, durante los primeros meses del conflicto hispano («La virgen de González Marín», 11 octubre 1937). A esas alturas, pocos sabían los verdaderos motivos de la visita del recitador.

El número del 12 de octubre de 1937 de *La Tribuna*, además de celebrar por todo lo alto el Día de la Raza y los avances de las tropas de Francisco Franco en Asturias, relataba cómo más de mil quinientas personas se habían reunido en Desamparados, al sur de San José, en un acto organizado por la Falange Española costarricense, partido filofascista y principal soporte político del bando sublevado («Imponente desfile de Falange Española al llevarse a cabo la jura de los PENDONES»). José González Marín no solo asistió al evento, sino que tomó juramento a los jóvenes falangistas españoles y costarricenses, se deshizo en halagos hacia Franco y posó junto a miembros de la colonia española y del clero local engalanado en su uniforme falangista, mientras sostenía la citada Virgen de los Remedios con un brazo y realizaba el saludo fascista con el otro. La izquierda no tardó en reaccionar ante semejante provocación. Emilia Prieto, escritora y artista comunista de sólidas simpatías republicanas, cuestionó la calidad del recital desde la revista *Repertorio Americano* y arremetió contra el poeta, a quien acusaba de anhelar una España «como siempre, rezando rosarios y trisagios, reverenciando reyes y nobles crapulosos, sorteando toros y llorando eternamente y sin protesta el acerbo dolor de la miseria y la deshonor con la cruz en el pecho» («El recitador González Marín», 16 octubre 1937). El Partido Comunista de Costa Rica, a la vanguardia de la defensa de la República española, desenmascaró en *Trabajo*, su periódico semanal, las verdaderas intenciones del rapsoda andaluz: coordinar «la organización militar de la Falange en Centroamérica». El incendiario artículo advertía a González Marín, acusado de querer «profanar nuevamente en Costa Rica la memoria de García Lorca», de que «el pueblo de Costa Rica no le concede la palabra a los artistas traidores y menos a los que traicionan a España» y que, en caso de que se atreviera a volver, «el Partido Comunista y el pueblo costarricense le

darán su merecido» («El organizador de la Falange en América Central, González Marín, nos insulta... desde Guatemala», 30 octubre 1937). Pese a la continua y exhaustiva cobertura de los sucesos en España, los periódicos y revistas costarricenses no volvieron a mencionar a González Marín... hasta el 1 de noviembre, cuando el grueso de la prensa josefina anunció, en páginas interiores y con letra pequeña, el regreso del rapsoda a la ciudad, en esta ocasión en el Teatro Raventós. Como era de esperar, la intensa campaña antifascista en los días previos llegó a oídos de la redacción del *Diario de Costa Rica* que, en una escueta nota, alertaba sobre la circulación de «profusas hojas sueltas contra él, suscritas por obreros antifascistas» y admitía por primera vez que el andaluz «hizo manifestaciones de adhesión a la causa del general Franco y asistió a actos de la Falange Española» («Circularon ayer hojas sueltas contra González Marín», 4 noviembre 1937). Los simpatizantes de la España leal, como adelantó *Trabajo*, tratarían por todos los medios de impedir el nuevo recital.

La mañana del 7 de noviembre, el diputado comunista Efraín Jiménez Guerrero se dirigió al presidente de la República, León Cortés Castro, para pedirle «por orden y paz de la República, por decoro nacional, por prestigio de nuestras instituciones, prohibir el recital del agitador fascista González Marín». Fue en vano. Cortés rechazó la petición amparándose en que, «además de ser un acto puramente literario», había «indagado sobre antecedentes del declamador mencionado» sin haber encontrado pruebas de su supuesta labor política («Promovido anoche un gran escándalo para impedir el recital de González Marín», *Diario de Costa Rica*, 5 noviembre 1937). Cortés no solo se negó a cancelarlo, sino que ordenó a los jefes de policía que hablaran con Francisco Marín Cañas y Rodrigo Perera, representantes de la Liga Antifascista, para disuadirles de boicotear el evento. Preocupado por la posible deriva violenta de la protesta, avisó a José Raventós, dueño del Teatro, de que no se haría responsable de lo que pudiera ocurrir. No sirvió de nada: el recital tendría lugar a las nueve menos cuarto de la noche.

Siete de la noche. Mientras el sol terminaba de ponerse tras las montañas del Valle Central, un nutrido grupo de militantes y simpatizantes del Partido Comunista, el Partido Socialista, el Grupo Pro-República Española, la Liga Antifascista, el Grupo Lina Odena, sindicatos y agrupaciones estudiantiles, comenzaba a agolparse frente al Teatro Raventós. Un dispositivo policial custodiaba la entrada de los asistentes, entre los que destacaban las elegantes élites josefinas y de la colonia española, además

de miembros del clero. La precoz escritora Yolanda Oreamuno, que a sus veintiún años ya había publicado en el *Repertorio Americano* de Joaquín García Monge, pasó desapercibida gracias a su posición privilegiada en la sociedad josefina y se acomodó en su butaca, desde donde pudo reconocer a otros antifascistas que habían logrado entrar sin levantar sospecha.

Nueve menos cuarto. La orquesta del maestro Murillo inició su ejecución musical y González Marín salió al escenario. A continuación, tal y como lo recuerda el galardonado escritor y entonces militante comunista Joaquín Gutiérrez, que había asistido junto a su novia y las tías de esta:

El Cholo Valerín, obrero de la construcción, que estaba en primera fila de la galería, apenas le oyó a este decir el título del primer poema —Andáaa-luciíia—, no se aguantó y le gritó con un vozarrón horrendo: ANDÁ A LA MIERDA, HIJUEPUTA. Esto desorientó a nuestras mínimas huestes, que se vieron obligadas —ahora o nunca— a iniciar nuestro bombardeo con pedos químicos y otro surtido de inmundicias (*Los azules días*, p. 171).

Minutos después, la policía consiguió expulsar a los antifascistas de la sala y González Marín retomó el recital, hasta que Yolanda Oreamuno se incorporó de su asiento e interrumpió de nuevo el espectáculo con un rotundo «cállese» que dio pie a una segunda ola de gritos y lanzamientos de frutas y verduras. Instantes después, «Yolanda dejó el Teatro en la más absoluta oscuridad. Decenas de viejillas se desmayaron. Todo el teatro gritaba o lloraba o nos maldecía, y las tías de mi novia me llovieron con paraguazos» (*Los azules días*, p. 171). Entretanto, la multitud a las puertas del teatro cumplía con su parte vociferando consignas prorreplicanas: «¡Abajo el asesino Franco! ¡No pasarán!». Una vez finalizado el evento, el público salió escoltado por la policía, que no dudó en sacar las «cinchas» y golpear a los manifestantes, pues según afirmaron «esa era la única forma de repeler los insultos contra jefes o representantes de Gobiernos con los cuales Costa Rica cultiva relaciones cordiales». La violencia policial causó una gran indignación entre la izquierda prorreplicana, que en cuestión de horas envió un telegrama de protesta denunciando tanto la represión policial hacia las mujeres manifestantes como la detención de la educadora comunista Luisa González. El diputado Efraín Jiménez fue detenido y puesto en libertad horas después, al igual que otras cuarenta personas, entre las que destacaban Alfonso, hermano de Manuel Mora Valverde, líder del Partido Comunista; Óscar Barahona Streber, Arturo Echeverría, Isabel Salazar, Rodolfo Guzmán y Clemencia Valerín.

Un día después, Yolanda Oreamuno fue destituida de su puesto de trabajo, sumando otro caso más a la nada desdeñable cifra de represaliados por el Gobierno de León Cortés («Fue destituida la Sra. Yolanda Oreamuno», *La Hora*, 5 noviembre 1937). Además de la destitución, el artículo de *La Hora* —que ocupó la portada del periódico— mencionaba que entre los numerosos detenidos se encontraba Francisco Marín Cañas, hermano de José, director del diario que había alabado a González Marín hacía solo un mes. *La Tribuna* colocó también en portada la noticia del boicot, en cuyas primeras líneas figuraba la conmoción que había causado que entre los manifestantes hubiera «algunas mujeres» («Fenomenal bochinche provocaron anoche elementos izquierdistas en el Teatro Raventós», 5 noviembre 1937). En esta línea, destacaron —sin tener intención de ello— la diferencia de trato que hubo entre las manifestantes obreras, golpeadas por la policía, y mujeres que encajaban en el canon estético impuesto por la élite como Yolanda Oreamuno quien, lejos de ser detenida como Luisa González, fue invitada a «abandonar el teatro», a pesar de su papel protagónico en la protesta.

Luisa González fue la primera en afilar la pluma tras los incidentes en el Raventós. Desde el diario comunista *Trabajo* cuestionó la violencia sufrida por ella y sus compañeras en clave de clase, género y posición respecto a la guerra civil española: «¿Por qué las autoridades de policía no castigaron a las señoritas de guantes, velo y sombrero que gritaban “Viva Franco”?» («Por qué intervenimos las mujeres», *Trabajo*, 6 noviembre 1937). Y, respecto a aquellos hombres que afirmaban que las luchas sociales «no son propias de mujeres», deslegitimando su acción política como obreras, la escritora les lanzaba un dardo envenenado: «En cambio, nunca han reprochado el hecho de que las mujeres tengamos que trabajar en las fábricas, en los cafetales y en los talleres, para que ellos tengan dinero que gastar en sus orgías del Hotel Costa Rica y del Club Unión». Por su parte, la escritora, docente y comunista Carmen Lyra, madre de la nueva generación de intelectuales comprometidos de los años treinta, sacó pecho del «antifascismo» de sus compañeras frente a aquellos simpatizantes franquistas de «visión anticuada del concepto del papel de la mujer en la sociedad», que habían censurado «la actitud de las mujeres trabajadoras antifascistas ante el recital de González Marín» («Alrededor de los ecos fascistas del recital de González Marín», *Trabajo*, 13 noviembre 1937).

Los comunistas denunciaron la complicidad entre los «cavernícolas criollos» y la policía, pues los primeros «con el rabo entre las piernas se limitaron a hacer el papel de vulgares esbirros» mientras los segundos

se encargaban de reprimir a los manifestantes. Su interpretación de los hechos los llevó a pensar que había sido un «acto de provocación» para medir «cuál era la capacidad combativa del pueblo» («La vigorosa protesta del jueves», 6 noviembre 1937). Pese a las detenciones, la violencia y la censura, la izquierda costarricense recordaría el boicot del Teatro Raventós como una victoria antifascista o, en palabras de Joaquín Gutiérrez, como «un disloque del despatarre de la carabuncia y una victoria nunca vista en Costa Rica de la gloriosa República española» (*Los azules días*, p. 171).

¿Cómo es posible que un país centroamericano a más de ocho mil kilómetros de España viviera la guerra como si fuera en carne propia? El estallido de la guerra civil española retrató, con sangre, la pugna mundial entre fascismo y democracia, o bien —vista desde otra perspectiva— la lucha planetaria contra el comunismo. El golpe de Estado de julio de 1936, orquestado por un sector del Ejército y apoyado por clero, burguesía y aristocracia, fue frustrado por el Gobierno republicano y los partidos del Frente Popular y, sobre todo, por las masas populares. La España de los años treinta, de mayoría campesina y algunos focos industriales, era un Estado en ebullición tras la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930) y el negligente reinado de Alfonso III (1885-1931). La proclamación de la Segunda República en 1931 vino acompañada de un agitado clima político. La derecha, unificada bajo las siglas de la CEDA, veía cómo grupúsculos inspirados por el fascismo italiano —la Falange Española de José Antonio Primo de Rivera, primogénito del dictador— comenzaban a ganar poder y sembrar el caos en las calles. Los partidos de centro y de izquierda, desde Unión Republicana hasta el Partido Socialista Obrero Español y el Partido Comunista de España, se agruparon bajo la coalición del Frente Popular, apoyada incluso por el sindicato anarquista CNT, como estrategia para poner frenos a la extrema derecha. La resistencia popular que desactivó el golpe de Estado de 1936, cuando millones tomaron las armas y se enfrentaron a los sectores del Ejército sublevado, caló hondo en una Costa Rica envuelta en luchas sociales, con un panorama mediático y literario politizado y un Gobierno marcadamente autoritario. En ese sentido, la intervención de la Alemania nazi y la Italia fascista, que pusieron a decenas de miles de soldados y un vasto armamento al servicio de la «cruzada» de Francisco Franco, potenciaron el miedo a que el conflicto se extendiera hasta suelo costarricense. Ese miedo fue incorporado al discurso de la derecha y la Iglesia católica, que llevaban tiempo agitando la bandera anticomunista y veían en el Gobierno republicano,

apoyado por la Unión Soviética, México y decenas de miles de brigadistas internacionales, el peligro de un contagio «a la tica» que desbaratara el orden político, social y económico imperante. Periódicos, revistas, libros, folletos, mítines; poesía, ensayo y algún que otro relato, vertebraron el profundo impacto que el conflicto español tuvo en el país a partir de julio de 1936. La batalla de Costa Rica acababa de comenzar.

LEÓN CORTÉS Y EL OCASO DE LA «SUIZA CENTROAMERICANA»

Cuando León Cortés Castro asumió la presidencia en mayo de 1936, el régimen liberal que ostentaba la batuta económica, política y mediática desde hacía un siglo llevaba décadas dando muestras de desgaste, y junto a él los mitos nacionales que sostenían y daban unidad a la joven República. Mario Sancho, ensayista y educador de talante izquierdista, había publicado un año atrás, durante los albores del Gobierno de Ricardo Jiménez Orear (1932-1936), un impactante ensayo que esbozaba una panorámica de los principales problemas del país. En *Costa Rica, Suiza centroamericana* (1935), Sancho se lamentaba de la precaria realidad del pueblo costarricense, «expuesto, a causa de su mala alimentación, de sus viviendas antihigiénicas» y a merced de unas clases dirigentes que, «indiferentes a las necesidades ajenas», preferirían «gravar más a la pobretería [...] con tal de no tocar al sagrado e intangible capital». Criticaba también el sistema electoral que, además de los fraudes en los procesos de sufragio, estaba copado por candidatos que salían «de los conciliábulos plutocráticos de la capital» y diputados que «surgen después de las imposiciones del dinero». El ensayo no daba lugar a dudas: la situación sería irreversible siempre que «los próceres del capitalismo» continuaran en el poder. En cuanto a los educadores, piezas fundamentales en la Costa Rica de los siglos XIX y XX, Sancho los animaba a despertarse «ante el peligro» que esa plutocracia representaba para el pueblo y fomentar que «cultivemos lo propio, defendamos nuestros ideales de vida, la sencillez de nuestras viejas costumbres, en vez de dejarnos imponer usos, cursilerías casi siempre, de otras partes» (pp. 11-45).

Desde luego, el impacto de la Primera Guerra Mundial y la gran depresión de 1929 en un país dependiente de la exportación del monocultivo de café y banano fue estremecedor, sobre todo para las clases populares. Los mitos nacionales que habían logrado unificar al pueblo costarricense bajo unos rasgos identitarios comunes se hundían bajo el manifiesto desgaste del régimen liberal, incapaz de enfrentarse a los

desafíos de una nueva época. Prueba de ello fue «la reacción del gran capital en connivencia con el aparato militar» frente al Gobierno reformista de Alfredo González Flores, que derivó en el golpe de Estado y posterior dictadura de los hermanos Tinoco (1917-1919) (Arias Mora, *Utopías de quietud*, p. 12). Pero no duraría demasiado: dos años después una gran movilización popular, en la que destacaron los educadores y una Carmen Lyra ya muy politizada, la dictadura fue derrocada y se reinstauró el orden democrático liberal. Aunque el militar y sacerdote Jorge Volio había creado en 1923 el Partido Reformista, que convulsionó el panorama político costarricense, habría que esperar ocho años más a que emergiera el partido que iba a revolucionar la vida política, social y cultural del país: el Partido Comunista de Costa Rica. Fundado en 1931 por un nutrido grupo de jóvenes estudiantes de Derecho, el PCCR — bajo el nombre de Bloque de Obreros y Campesinos (BOC)— irrumpió en la política nacional cosechando éxitos inmediatos en las elecciones de 1932, con dos regidores en San José, y luego en 1934, cuando obtuvo regidores en San José, Heredia y Limón y se estrenó en el Congreso con dos asientos. El éxito electoral y la popularidad del partido entre las clases trabajadoras se debía a una serie de factores, como su papel en la «organización con las tareas sindicales y movimientos huelguísticos», su afán por «quebrantar el mito racial de la nación acercando a la población afrocaribeña al partido», el uso del parlamento «como tribuna de ideas sobre la lucha de clases», su análisis del orden económico como causante de los problemas sociales y, desde luego, la «articulación de la labor editorial de prensa con la cuestión social» (*Utopías de quietud*, pp. 43-44).

El resto del arco parlamentario y el clero hicieron todo lo que estaba en su mano para poner palos en las ruedas del PCCR, aunque el Partido, a diferencia del resto de Centroamérica, pudo desarrollar sus actividades políticas sin miedo a una represión feroz. Esta situación, fruto de la «excepcionalidad» costarricense, favoreció que los comunistas siguieran una línea más reformista que revolucionaria y llevó al Partido a «insertarse en el sistema político y fortalecer su posición institucional», un fenómeno conocido por la historiografía costarricense como el «comunismo a la tica» (Molina Jiménez, «Catolicismo y comunismo», p. 158). Por otro lado, la Gran Huelga Bananera del Atlántico, hito en la historia de las luchas sociales de América Latina, visibilizó y dio voz a la explotada población afrocostarricense, a merced del capitalismo agroexportador. En ese sentido, la actuación del Partido Comunista granjeó simpatías y militancia entre la comunidad, como la de Harold Nichols, cuyo entregado

activismo abrió una grieta más en el mito de la Costa Rica blanca (Molina Jiménez, *Moradas y discursos*, pp. 193-221). Tras los Gobiernos liberales de Cleto González Víquez (1928-1932) y Ricardo Jiménez Oreamuno (1932-1936), Costa Rica llegó a 1936 con los mismos problemas que Mario Sancho había denunciado un año antes. El «legado caudillista» de Tomás Guardia recayó sobre el popular ministro de Fomento de Jiménez Oreamuno: León Cortés Castro. A pesar de la indulgencia con la que le Carlos Calvo Gamboa evalúa su perfil político en *León Cortés y su época*, Cortés era un firme simpatizante de la Alemania nazi y un gobernante de tintes marcadamente autoritarios, que no dudó en expulsar o prohibir la entrada al país de comunistas extranjeros, censurar o reprimir iniciativas políticas de izquierda y perseguir trabajadores públicos, especialmente docentes (*Utopías de quietud*, p. 80).

En esta coyuntura, la llamada Generación del Olimpo, que mostraba los mismos síntomas de agotamiento que la República oligárquica liberal, perdió protagonismo en pro de la Generación del *Repertorio Americano*, liderada por Joaquín García Monge y Carmen Lyra, y ya en los años treinta por una nueva generación de intelectuales gestada al calor de las luchas sociales y con un férreo compromiso político y social: la generación que, con el paso del tiempo, llegaría a llamarse ‘del 40’.

LA HORA DEL PUEBLO. DE LA GENERACIÓN DEL OLIMPO A LA GRAN HUELGA BANANERA

En 1894, Ricardo Fernández Guardia, intelectual del Olimpo que ocupó importantes cargos en la administración —secretario de Relaciones Exteriores y Canciller, entre otros—, inauguraba con estas declaraciones uno de los más encendidos debates literarios costarricenses: «Mi humilde opinión es que nuestro pueblo es sandio, sin gracia alguna, desprovisto de toda poesía y originalidad que puedan dar nacimiento siquiera a una pobre sensación artística» («El nacionalismo en literatura», *El Heraldillo de Costa Rica*, 24 junio 1894). El extracto evidencia la enorme distancia que había entre los intelectuales de la llamada «generación del Olimpo» y las clases populares. Sin entrar en profundidad en la polémica, estudiada ampliamente por investigadores como Flora Ovares, Abelardo Bonilla, Alexander Sánchez o Álvaro Quesada, el exhaustivo volumen *Pobreza y desigualdad social en la narrativa costarricense: 1890-1950* de Ruth Cubillo Paniagua ahonda en el andamiaje de esta generación en función de su relación con la pobreza y las capas populares y la divide en dos. El bando de los nacionalistas, de origen «más plebeyo», dedicaba

su pluma al costumbrismo, en el que había cierta presencia de las «clases bajas» y un acercamiento al «lenguaje popular» (p. 13). Entre los nacionalistas más destacados se encontraban Aquileo J. Echeverría, Pío Viquez, e incluso Joaquín García Monge, quien se desmarcó con la publicación de *El Moto* en 1900, e inauguró el realismo social representando «el ser nacional, el campesino y las costumbres de una época», rompiendo, en cierta medida, con la visión idílica del campo y de la imagen nacional (Ovares, *La casa paterna*, p. 76). Por otro lado, el bando de los liberales era el más conservador y vinculado al poder estatal. Autores como Ricardo Fernández Guardia y Carlos Gagini —enfrentados a pesar de sus similitudes a raíz de la polémica entre nacionalismo y literatura— o Manuel de Jesús Jiménez Oreamuno, representantes del academicismo cosmopolita, tenían cierta tendencia a la escritura de crónicas históricas de corte nacionalista (Cubillo, *Pobreza y desigualdad*, p. 12). Más allá de polémicas, esta generación fue pionera en las «discusiones teóricas sobre la “literatura nacional”, sus posibilidades, limitaciones y necesidades», y también en las «elaboraciones literarias de la mitología nacional costarricense», que asociaban a la defensa de las tradiciones y costumbres nacionales, encarnadas en el régimen oligárquico liberal (Quesada Soto, «Identidad nacional», pp. 103-110). Para estos intelectuales, los vientos de la modernidad planteaban una doble amenaza: el poder del dinero, vinculado además a la pérdida de soberanía a causa de la creciente presencia del imperialismo, y las «nuevas ideas», ya fueran las ideologías obreristas de finales del xix y principios del xx o la emergencia del feminismo.

Paralelamente a la consagración de los escritores del Olimpo, una nueva generación, con más y mejores herramientas para afrontar los desafíos que la modernidad planteaba a la nación, daba sus primeros pasos en los albores del siglo xx. Los «intelectuales radicales», entre los que destacaba Joaquín García Monge, pusieron en el centro del tablero político y literario la cuestión social y la importancia de la educación como fórmula para asistir a la población a salir de la pobreza (Molina Jiménez y Palmer, *Historia de Costa Rica*, p. 88; Cubillo, *Pobreza y desigualdad*, p. 100). El contexto de las décadas de 1900-1910 se distinguió por la irrupción del socialismo y anarquismo en el panorama obrero e intelectual, que marcaron a estos jóvenes intelectuales radicales. José Julián Llaguno identifica a inmigrantes italianos y españoles como responsables de la llegada de la ideología ácrata, siendo el caso hispano paradigmático en cuanto a su papel en la creación y edición de periódicos y revistas.

Despuntaban Andrés Borrasé, fundador de *La Prensa Libre*, y Ricardo Falcó Mayor, que haría lo propio con publicaciones como *Renovación*, *La Linterna*, *Sanción*, *Lecturas* y *Germinal* (Llaguno, «En búsqueda de la idea», p. 110). Un ejemplo esclarecedor en las tempranas relaciones intelectuales entre Costa Rica y España es *Renovación*, dirigida por el poeta José María «Billo» Zeledón y el español Anselmo Lorenzo, quien en 1910 participó en la fundación de la CNT en Barcelona. Siguiendo los preceptos de las «nuevas ideas» arribadas al país y con una fuerte vocación emancipadora, escritores como Luis Dobles Segreda, Rómulo Tovar, Omar Dengo y Carmen Lyra pusieron en marcha iniciativas políticas, educativas y periodísticas dirigidas a problematizar la cuestión social, como la fundación del Centro Germinal y la Universidad Popular, centros de estudio para la clase trabajadora, o la primera celebración del 1 de mayo en 1913 junto al sindicato CGT. Indudablemente, sin embargo, el mayor hito literario y periodístico de estos jóvenes radicales fue la revista *Repertorio Americano* (1919-1958), fundada y editada en solitario por Joaquín García Monge, en ocasiones a costa de una gran precariedad. El ideario del «semanario de cultura hispánica», influenciado por el arielismo y movimientos continentales como el APRA, abarcaba desde la defensa de la democracia de todos los países hispanoamericanos —incluyendo España—, hasta la promoción de la cultura hispánica o el antiimperialismo: «Patrias hemos querido ser, no meros territorios coloniales. Imperialismos, dictaduras y tiranías hallaron en la revista de que soy editor, páginas de combate» (Ana Cecilia Barrantes, *América/España en “Repertorio Americano”*, p. 64; García Monge y Ovares, *Obra selecta*, p. 132). Con los años, la revista pasó a ser un referente tanto en Latinoamérica como en España, agrupando colaboradores de la talla de Gabriela Mistral, José Ortega y Gasset y don Miguel de Unamuno y, durante los años de la guerra civil española, Rafael Alberti, Pablo Neruda y Juan Marinello.

A la larga, e influidos por un mercado cultural incapaz emplear a tantos intelectuales, la radicalidad de la juventud de 1900 se vio mermada a medida que comenzaron a hacer carrera en el ámbito público (Molina Jiménez, «Jussi Pakkasvirta. ¿Un continente, una nación?», pp. 266-267). Quizá la única excepción fue Carmen Lyra, que funcionó como una co-rra de transmisión hacia la nueva generación y quien, con la escritura del cuentario *Bananos y Hombres* (1931), mostraba el camino sobre el peso que los movimientos obreros y sociales como la Gran Huelga Bananera habrían de tener en su concepción del fenómeno literario: